

ORÍGENES DE LOS CARNAVALES EN LA COSTA Y EN BARRANQUILLA*

Gabriel Mauricio Gil Helffhrirtz**

The author examines the origin of colombian carnival in the Greek and Roman celebrations of Bacchanalia, Saturnalia and Lupercalia. This was first seen on the Atlantic Coast, at Cartagena, during the seventeenth century, organized by blacks during three days at the conclusion of the novena celebrated for the virgin of the Candelaria. The article brings the elements which help us to understand the appearance of Barranquilla's Carnival as a celebration between the profane and sacred, and between urban and rural.

ORÍGENES DE LOS CARNAVALES EN LA COSTA

El carnaval se ha hecho presente desde los comienzos de la humanidad como una manifestación de la cultura de cualquier sociedad. Sus orígenes se remontan a las antiguas celebraciones griegas y romanas de los bacanales, los saturnales y los lupercales. En cualquiera de éstos, los elementos físicos y anímicos se hacían presentes con el disfraz, la locura y las licencias de cualquier tipo. Muchas de estas festividades de carnaval eran la única forma de escape y relajamiento que tenían los habitantes de las diferentes regiones en que se celebra-

ban; también, en cierto modo, una forma de ser reyes por un día. De allí las figuras de los reyes, los príncipes y las reinas como directores del carnaval. En la Edad Media, los carnavales, de origen pagano, se sincretizaron con las diferentes festividades religiosas, pero mantuvieron su carácter licencioso asociado con la alegría, la locura y la bebida. Podríamos decir que los orígenes de los carnavales como un tipo de festividad específica se sitúan en Europa. De allí realizaron su paso hacia América Latina por intermedio de España y Portugal, y en el Caribe y el sur de los Estados Unidos con elementos del folklore negro e indígena¹.

Carnaval, palabra que viene del italiano *carnevale* que proviene del *carne* (carne) y *levare* (quitar), significa la satisfacción de los placeres mundanos prohibidos, la prohibición o las restricciones de la carne.

* Parte de la monografía de grado titulada Evolución de elementos culturales en el Carnaval de Barranquilla 1870-1910.

** Historiador, Pontificia Universidad Javeriana.

1 HEERS, Jacques. *Fetes des fous et carnavales*, Ediciones Fayard, París, 1983, pág. 8.

Muchas de esas expresiones trataron de reprimirse, pero lo único que se logró fue la introducción de algunas restricciones como la que se realizó en el siglo XI, con el Concilio de Benevento, que fijó el Miércoles de Ceniza como día límite de las festividades.

Ya implantado en América, el carnaval tiene su mayor expresión en las zonas costeras o de alto predominio de población negra o indígena. Fue así como se dieron los carnavales o festividades en Nueva Orleans, Río de Janeiro, Bahía, Buenos Aires y Cartagena.

En Colombia, el carnaval se convirtió en una manifestación de folklore, entendido como la sabiduría y la tradición de las culturas precolombinas y negroafricanas combinadas y elaboradas en nuevas formas de trajes, danzas y música.

El marco cristiano, de cierta manera disfrazó las manifestaciones indígenas y negras, es decir, los rituales de las etnias indígena y de lo negro fueron enmarcados dentro de las festividades religiosas (cristianas); estos elementos son perceptibles en las zonas donde existía gran número de tradiciones indígenas o donde los esclavos continuaron con sus recuerdos ancestrales, así como en las zonas mineras y de trabajo forzado (Oruro, Cartagena) y algunos de los símbolos que aún hoy se conservan hacen parte de ese sincretismo, como el Diablo, los congos, etc.

El carnaval también significa excesos, desenfreno, locura, lujos, fantasía y «violación» del orden institucional y un espacio donde lo anterior es permitido por medio de la risa, el canto, el juego, la comida y la bebida.

En el carnaval no solamente se cumplen los ciclos vitales, sino que dentro de él se reflejan la vida en sí, la naturaleza y los eventos que rodean al hombre que vive el carnaval; es así, por ejemplo, que dentro de su coyuntura se puede hasta anhelar una igualdad social, imposible de conseguir en la realidad y que sólo es posible mediante este espacio mágico-festivo.

El carnaval es también una revuelta contra la razón, ilustrada por un nuevo sentido de

respeto hacia lo religioso-popular y por la atracción ejercida por lo popular - sobrenatural. Fue Juan Ruiz Arcipreste de Hita quién dio la primera y básica interpretación de los hechos carnavalescos; en esta primera descripción relata la lucha de Don Carnal con Doña Cuaresma. El carnaval es hijo del cristianismo; no existiría sin la idea de cuaresma. Es por eso que el carnaval se ha visto como una forma de buscar el equilibrio social a base de fijar un o unos periodos de aparente desequilibrio, en los que la sociedad se lanza, primero a un extremo y luego al contrario. Caro Baroja nos dice que fue precisamente en los tiempos de mayor fervor del catolicismo cuando se celebraron las fiestas de los locos y del asno, como representación de misterios y de sermones burlescos del Domingo de Pascua²; mientras el hombre ha creído que de una u otra forma su vida estaba sometida a fuerzas sobrenaturales, el carnaval ha sido posible; desde el momento en que todo se reglamenta, hasta la diversión, «siguiendo criterios políticos y concejiles, atendiendo a ideas de «orden social», buen gusto, etc., el carnaval no puede ser más que una mezquina diversión de casino pretencioso»³.

Los orígenes de los carnavales en la Costa Atlántica no son precisos. El primer registro que se tiene de un tipo de celebración que se ajuste al concepto del carnaval lo tenemos ya a mediados del siglo XVII en Cartagena, donde se realizaban las novenas de la Virgen de la Candelaria. Eran los negros esclavos de esa ciudad quienes al final de esas novenas daban inicio a su «carnaval», el cual duraba tres días. Respecto de éste, se distinguían tres sectores sociales: las *blancas*, llamadas de «Castilla», las *pardas* y las *negras*. La gente pobre, libres y esclavos, bailaban al son de un tambor africano y a pleno aire libre, y se dejaba el domingo para los negros bozales; entonces los esclavos agrupados en cabildos mandinga, carabalies, congos o mina, organizaban sus respectivas comparsas y salían a bailar por las calles llevando los vestidos de su patria, acompañados de grandes escudos de madera cubiertos con papeles multicolor.

2 CARO BAROJA, Julio. El carnaval, Taurus, Madrid, 1965, pgs. 21-22.

3 *Ibidem*.

Casi siempre la cabeza de los danzantes aparecía con un tocado de cartón forrado con profusión de plumas; el rostro, el torso, los brazos y las piernas estaban barnizadas con pinturas de colores primarios; las manos empuñaban imitaciones de espadas y sables. Las mujeres iban ostentosamente adornadas con las alhajas que les habían prestado sus amas. Cada cabildo escogía a su reina, a quien abrumaban con la pedrería y las joyas ajenas. Al ritmo de los tambores, de los cascabeles y de los platillos de cobre se desplazaban por toda la ciudad bailando y cantando con la pantomima y los movimientos propios de la danza africana. En su largo recorrido visitaban las casas de las personas prominentes, en las que cada danza efectuaba su presentación particular. Esta imagen va a ser corroborada poco después, hacia la primera mitad del siglo XIX, con una descripción del general Joaquín Posada Gutiérrez sobre un domingo de «carnaval» en Cartagena:

"En ese día (...) imitando con alegría las costumbres de su patria (...) embrazando grandes escudos de madera forrados en papel de colores, llevando delantales de cuero de tigre; en la cabeza una especie de rodete de cartón guarnecido de plumas de colores vivos; la cara, el pecho, los brazos y las piernas pintadas de labores rojas y empuñando espadas y sables deservainados; salían de la ciudad a las ocho de la mañana y bajo el fuego abrasador del sol (...); y con semejante estruendo y tan terrible agitación, algunos haciendo tiros con escopetas y carabinas por todo el camina, llegaban a la Popa bañados en sudor, pero sin cansarse. Las mujeres no iban vestidas a la africana, esto es, no iban casi desnudas; sus amas se esmeraban en adornarlas con sus propias alhajas, porque hasta en esto se entraba la emulación y la competencia. Sus amos les daban solaz y holganza, y no habrían podido hacer lo contrario aunque hubiera querido, porque la costumbre y la opinión los obligaba a ello, y a la autoridad misma lo exigía. Oída la misa solemne a las doce del día, bajaban todos llenos de contento y unción religiosa, con la misma agitación con que habían subido y entraban a

la ciudad como a las tres de la tarde (...) y las reinas y princesas se apresuraban a devolver a sus amos las valiosas alhajas de su adorno, temblando de haber perdido algunas, lo que no sucedió jamás. Desde aquel momento, hombres y mujeres quedaban completamente libres para divertirse en sus cabildos hasta las seis de la mañana del miércoles, que oían misa en San Diego, en el altar de San Benito el negro, en la que el sacerdote le imprimía en la frente la cruz de la ceniza»⁴.

Algunos de los eventos y elementos nombrados en esta descripción son muy similares a los que se dieron en el primigenio carnaval de Barranquilla; por ejemplo, las *Cumbiambas*. Estas son hechas por grupos de parejas que bailan al son de la cumbia alumbradas por velas, haciendo paradas en las casas de los personajes más importantes de la ciudad, para pedirles colaboración de tipo económico: «Iban cantando, bailando, dando bríncos y haciendo contorsiones al son de tambores, panderetas con cascabeles y golpeando platillos y almireces de cobre». También encontramos en esta descripción un rey y una reina, y por intermedio de ellos y su corte, la oportunidad de los esclavos de ser libres y «amos» de las fiestas, aunque fuese temporalmente:

«Las reinas de cada cabildo marchaban erguidas, deslumbrantes de pedrería y galones de oro, con la corona de reina guarnecida de diamantes, de esmeraldas, de perlas, y la negra bozal se veía que con la riqueza que llevaban encima habría podido liberarse ella y su familia, y que pasadas las fiestas volvía triste y abatida a sufrir el agudo dolor moral y las penalidades físicas de la esclavitud. Sólo el rey y la reina podían llevar paraguas, como un privilegio exclusivo de la majestad real. Las princesas y damas de la corte, no pudiendo llevar sombreros se cargaban la cabeza de guirnaldas y ramos de flores, tanto por alivio como por adorno. Aquellos eran los días de casi libertad para los esclavos. Siendo ellos protegidos por la veneración que se tenía a la mujer escogida por Dios para «consuelo de los afligidos»⁵.

4 Descripción que hace Joaquín Posada Gutiérrez en: *Memorias histórico – políticas*. Imprenta Nacional, Bogotá, 1929.

5 *Ibidem*

No sólo en Cartagena se vivían las festividades del 20 de enero (La Candelaria). También en otros sitios sobre las riberas de los ríos Magdalena y Cesar se realizaban distintas celebraciones de carácter religioso-folklorico. La más importante se llevaba a cabo en Ciénaga, y es allí donde precisamente nació la leyenda de *El Caimán*. Esta fiesta es la de San Sebastián.

El Periodista Juan Gossáin,⁶ señala que el primer carnaval realizado en la Costa Atlántica tuvo lugar en el marco de las celebraciones de San Sebastián en Ciénaga en el año de 1822. Esta afirmación es demasiado radical, puesto que no existe, o no se ha descubierto algún tipo de documento o testimonio que la corrobore. El origen de cada una de las festividades que se realizan en la Costa Atlántica es incierto. Todas estas celebraciones y festividades estaban relacionadas con algún evento religioso como el día del santo patrón del pueblo. Con el tiempo, éstas tomaron un nuevo carácter al incluir en su «programa» los concursos folklóricos o alguna leyenda, como por ejemplo en Cereté, Córdoba, donde al mismo tiempo se realizaban las Fiestas de la Virgen de la Candelaria y la fiesta del algodón.⁷ Esto es debido a la aparición de nuevos estilos en la conmemoración festiva, mediante la cual se disputó el dominio del espacio festivo entre la Iglesia y los laicos, en este caso los comerciantes.

Pero no solamente la fiesta de San Sebastián fue importante en la Costa. Otras poblaciones celebraban al igual que Cartagena las fiestas de la Virgen de la Candelaria. Podemos nombrar El Banco y Magangué. En esta última ciudad se celebraban las ferias comerciales que se gestaron en torno a la fiesta religiosa y que llegaron a ser en el siglo pasado las más importantes de la región ribereña, desplazando a las de San Benito Abad y Ayapel. En este mismo día se festejaba la Purificación de la Virgen, cuarenta días después del alumbramiento de Jesús.

En Mompox, San Martín de Loba y otras poblaciones ribereñas del Magdalena, se celebraban diversas fiestas, entre otras las de San Martín de Tours, el 11 de noviembre, en las que eran célebres sus cumbias o cumbiambas, chandés y *bailes cantaos*, al igual que la danza.

Entre las celebraciones realizadas en la región ribereña, cabe destacar la del Corpus Antiguo de Chiriguaná (Cesar), quizá una de las más olvidadas y que fue analizada por Enrique Pérez Arbeláez⁸. Data de la época colonial y es una típica muestra de la fusión de razas que se vivió en las llanuras magdalenenses. Durante esta celebración había una mezcla de lo real y lo ficticio, representada en la conexión que se tenía con acontecimientos vividos en la Colonia. En esta fiesta se ven reflejados algunos de los elementos que se incorporaron posteriormente al carnaval barranquillero; entre ellos las danzas, como «*Las Cucambas*», «*Los diablos acompañados de la diablita*», «*Los negros con el tigre*», «*Las Cabellones*», «*Los indios o conquista*», «*los Parramplones o Gurruperos*» y las «*Chimilitas*». Además de estas danzas existían dos personajes: «*La Pipona*» y la «*Papagüeva*». Las «*Cucambas*» se representaban como una banda de palomas; el «*diablo*» era una manifestación de terror; «*Los Gurruperos, Parramplones o Gurruferos*» eran los caballeros malos; el *negro*, lo sensual y antirreligioso, y la «*Papagüeva*», probablemente el origen del «*Garabato*» barranquillero. Cabe destacar que en estas festividades, después de la procesión, las danzas se separaban, yendo por todo el caserío y a las casas «importantes» para hacer delante de ellas sus representaciones o «riñes». Entre éstas se encontraba la de los negros que mataban al tigre y vendían su cuero muchas veces.

A partir de los anteriores elementos podemos observar que en esta región, especialmente en la zona sur del Bajo Magdalena, la presencia de los elementos indígenas es más destacada que en la zona norte del Bajo Mag-

6 GOSSAÍN, Juan. citado en: REY SINNING, Edgar. Cultura popular costeña: del carnaval al fútbol, Universidad de Cartagena, Cartagena, 1990. pág. 13.

7 GONZÁLES PÉREZ, Marcos. Un método en la investigación histórica, Cuadernos de Investigación, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 1990. pág. 38.

8 PÉREZ ARBELÁEZ, Enrique. Insinuación folklórica del departamento del Magdalena; la cuna del porro. En: *Revista de Folklore*, segunda época, Vol. 1, Nº 1, Bogotá, diciembre de 1952.

dalena. De la misma forma, la intensidad de los carnavales va bajando. Los indígenas practicaban en esta región una forma de «carnaval». Entre ellos existían danzas como las *Cucambas*, las *Chimilas* (por los indios chimilas) y las *Chinitas*, que fueron incorporadas a las festividades del Corpus Christi.

El carnaval de Ciénaga y las fiestas de San Sebastián, aunque con muchos rudimentos de carnaval rural, aportaron elementos ya desarrollados para el carnaval barranquillero. En éste se nombraba un rey y una reina, quienes presidían las festividades desde una tarima. Este rey, que acostumbraba a hacer muecas y ademanes, se le llamó *Rey Momo*. Otros elementos que aportó el carnaval de Ciénaga o fiesta del caimán, fueron las comparsas, las guachernas y las comedias. Entre las danzas están las del «*Gallinazo*», la del «*Toro*», la «*Burramocha*», la «*Maestranza*», el «*Paloteo*», las «*Pilanderas*» y el «*Garabato*».

Entre las ciudades y poblaciones que realizaron festividades, las cuales fueron desapareciendo con el tiempo, estaban: Santa Marta y su fiesta a la Inmaculada Concepción, las fiestas de Pentecostés en Gaira (Rodadero), la Navidad Cartagenera, las fiestas de la Virgen de los Remedios. Además de la ya mencionada fiesta de Habeas en Chiriguaná se celebraban otras similares en Guamal, en las poblaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, en los pueblos vecinos a Mompo y, por extensión, en las poblaciones de los valles del Río San Jorge, en los poblados del valle del Cesar y en los de la península de la Guajira. Cabe aclarar que muchas de estas festividades se fueron transformando y dieron origen a otras nuevas; tal es el caso de las «*Corralejas*» en Sincelajo y en las regiones de los hoy departamentos de Sucre y Córdoba. Pero otras fueron perdiendo su carácter popular o folklórico, condenadas a desaparecer como es el caso de muchas de las celebraciones en la ribera del Magdalena.

Viajeros europeos como Carl August Gosselman describieron en las primeras décadas del siglo XIX algunos elementos que más

tarde se incorporaron al carnaval barranquillero. Estos elementos nacieron en los sectores rurales, para seguir posteriormente su periplo hacia los principales núcleos urbanos (Cartagena y Santa Marta).

Allí evolucionaron, algunos de ellos se incorporaron y otros quedaron descartados, para posteriormente llegar a Barranquilla. De otro lado las relaciones de producción y tenencia de la tierra en la Depresión Momposina, San Martín de Loba, la región de San Juan y Ciénaga, explican el origen y desarrollo del carnaval, puesto que éste recogió manifestaciones culturales de la cotidianidad del hombre que ha vivido y subsistido en las orillas de los ríos Magdalena, San Jorge y Sinú.

ORÍGENES DEL CARNAVAL EN BARRANQUILLA

Los orígenes del Carnaval de Barranquilla no son muy claros. Aunque hacia mitad del siglo XVII Barranquilla era apenas un villorrio, esta circunstancia no la eximía de realizar algún tipo de celebración. Probablemente, y al igual que en las poblaciones vecinas regionales, estas celebraciones se limitaron durante muchos años a la conmemoración de festividades religiosas.

La mayoría de los historiadores del carnaval coinciden en que fueron los samarios y barranquilleros, quienes luego de haber vivido en Europa por un tiempo trajeron el carnaval a la ciudad. También se ha dicho que fue la colonia alemana la que lo instituyó, ya que precisamente en algunas regiones alemanas (Renania, Suabia y Baviera) también se celebraba el carnaval⁹, además de Italia y otros países latinos. Esta tesis puede ser en parte cierta, pero no se puede olvidar que las celebraciones de carnaval en Barranquilla, más que tener un tinte europeo, nos muestran características triétnicas, de tradiciones que se fusionaron para crear un evento posteriormente convertido en patrimonio propio.

9 ABADÍA MORALES, Guillermo. Compendio general de folklore colombiano, Imprenta Nacional, Primera Edición, Bogotá, 1970. pág. 373.

Las primeras fiestas de las que se tienen noticia son las de San Nicolás, que probablemente se celebraban en honor del Santo Patrón, pues como se sabe la ciudad en un principio se llamó Barranquilla de San Nicolás, quizás como un auto-homenaje del encomendero Nicolás de Barros y de la Guerra. Para 1747, Barranquilla, en ese momento «Agregación de Libres», fue separada del curato del pueblo de Galapa y su iglesia, cuyo primer párroco fue Nicolás Mateo Fernández Ternero, y fue puesta bajo la tutela espiritual de San Nicolás de Tolentino.¹⁰

Se sabe con certeza que ya para comienzos del siglo XIX se celebraban fiestas separadas, organizadas por colonias de los pobladores llegados a la nueva ciudad, las cuales se hicieron para recordar las que se realizaban en sus lugares de origen; es por tal razón que muchas de las danzas o bailes tienen sus raíces en esos pueblos. Tal es el caso de La Danza de los Coyongos cuyo origen probable sea Chimichagua, en el Cesar; Las Cucambas, cuyo antecedente es la danza de las Cucambas de Guamal, Magdalena; las *Pilanderas* del Banco, Magdalena; Las *Indias Farotas* de Talaigua, Bolívar; El *Caimán* de Ciénaga; el *Congo Grande* y el *Torito*, como transformación de los *Cabildos* cartageneros; El *Garabato*, proveniente probablemente de Chiriguana, al igual que los indios chimilas y los *chimitas*; y, finalmente, la *Conquista*, proveniente de Mompo.¹¹ Lo anterior se produjo porque los migrantes que llegaban a Barranquilla llevaron consigo su propio acervo cultural y lo trasladaron a la nueva urbe.

Desde comienzos del siglo XIX, el 2 de febrero se conmemoraba en Barranquilla una «cumbiamba» a la Virgen de la Candelaria, por las colonias de libres llegados desde Cartagena. En ella, y como lo describe Abadía Morales, las mujeres bailaban con un mazo de velas encendidas en la mano, «tal vez en honor de la Candelaria, considerada como la Virgen de las candelas o de las velas benditas».¹²

Cabe anotar aquí que una tradición similar se realizaba, y se sigue realizando aún, en la zona del Palenque de San Basilio, tal vez como supervivencia de las celebraciones cartageneras, en las cuales el sentido de fiesta con manifestaciones de carnaval fue desapareciendo hacia 1899.

Este acervo cultural comprendía tradiciones de los carnavales que se efectuaban en muchas de las regiones de origen de los migrantes, lo cual se puede comprobar con el hecho de que muchas de estas danzas participaron en el carnaval y posteriormente desaparecieron, aunque sobrevivieron en sus poblaciones de origen.¹³

Es probable que en Barranquilla, se celebraran algunas festividades como homenaje a su santo patrón. Para 1850 se tienen ya noticias precisas de la celebración de estas fiestas¹⁴, pero es el viajero Van Rensselaer el primero en captar el espíritu de carnaval en una carta que le escribe a su padre en 1829:

“Tuvimos la fiesta del carnaval que en Italia dura varias semanas, pero en este lugar, donde tantos dependen de la labor cotidiana, ha sido prudentemente reducida a tres días durante los cuales no es del caso trabajar porque todo es alegría y travesura. No podría decir ahora sobre el motivo que originó el festival, si fue el paganismo o algún evento ecléctico. Aquí parece que el lugar principal lo tienen los aborígenes del país con sus trajes antiguos (... En texto) (...) y que la ropa vuela en pedazos cuando hay riña alrededor de cualquier fruslería, pero sólo en una ocasión vi que alguien perdió el buen humor y al pobre diablo le cobraron muy cara su aspereza. Una muchedumbre disfrazada lo agarró y, después de frotarle la cara con una yerba urticante, unos lo tomaron de los tobillos hasta ponerlo boca abajo y otros lo golpearon sin misericordia en una parte innombrable. La lección del caso era mostrar que, del mismo modo que no se había intentado infligir un

10 REY SINNING, Edgar. Cultura popular costeña: del carnaval al fútbol, Universidad de Cartagena, Cartagena, 1990.

11 BUELVAS, Marta. La trietnia en el carnaval de Barranquilla. En: *El folclor en la construcción de las Américas, Memorias del VI Congreso de Antropología de Colombia*, Universidad de los Andes, Santafé de Bogotá, 1993, pág. 199.

12 ABADÍA MORALES, Guillermo. *Op cit.* (1977), pgs. 375-376.

13 *Ibidem.*

daño real, nadie debía enfadarse por las triquiñuelas que sufriera. Recordé esta lección cuando, en el transcurso de la mañana, un disfrazado me lanzó un huevo que me golpeó pleno en el pecho sobre mi immaculado lino blanco y se rompió pero, para mi satisfacción, encontré que solo contenía agua pura; la yema y la clara se la habían extraído precisamente con ese propósito [...]. Estas flautas tenían tres pies de largo; la primera contiene cuatro huecos para colocar los dedos y produce un aire melodioso, salvaje y alegre que la gente adora en exceso. La otra flauta no tiene sino uno o dos huecos para los dedos y con una calabaza llena de granos se utiliza por la segunda persona como acompañante de la primera. Las danzas para esta música se desarrollaron sistemática y regularmente, y el tono familiar de un grito de guerra especialmente profundo hacía renacer ecos ancestrales. Los vistosos trajes de esta tribu salvaje se hacían más llamativos todavía con una profusión de plumas brillantes sobre las cuales desplegaban el arco y la flecha, sus armas originales y que le imprimían una apariencia grotesca y más bien espléndida en conjunto. No había sido sino un burlesco simulacro de pelea con muchos gritos y unos cuantos golpes de lanza y, sin embargo, el espectáculo despertaba una serie de ideas que, naturalmente, asociadas con el trato antinatural y cruel que los antepasados de esta misma gente recibieron de sus conquistadores sedientos de sangre, dejaba una impresión no muy fácil de erradicar».¹⁵

Esta descripción que nos relata el viajero europeo corresponde a la llamada «Conquista», ya desaparecida del carnaval, y que coincide con otra celebración realizada en San Martín de Loba el 11 de noviembre y descrita por Fals Borda¹⁶:

«[...] Observé que los numerosos disfraces que pasaban en grupos se golpeaban unos a otros con palos [...] Entre todos los grupos que llamaron mi atención, ninguno capturó mi fantasía por la originalidad y lo apropiado de su

disfraz como dos grupos de indígenas: el primer grupo, dirigido por un cacique nombrado especialmente para la ocasión, fue escogido entre los descendientes del pueblo desafortunado que representan; el otro grupo, que eran los indígenas civilizados, actuaban de acuerdo con el ejército. El objetivo de los dos grupos era mostrar la subyugación del país por los españoles sobre los primitivos aborígenes que habían sido los únicos «dueños de la tierra». Los dos grupos evitaron cuidadosamente encontrarse hasta la noche del tercer día; mientras tanto todos se dedicaban a divertirse lo mejor posible. La tribu no sometida se vistió con toda la grandeza aborígen; cada guerrero llevaba arco y cargas y ocasionalmente bailaba en las calles al sonido de su música nativa, producida en una especie de flauta por dos intérpretes. Al anochecer del tercer día, las tropas y sus amigos indígenas marcharon juntos hacia un espacio abierto donde estaban las tribus salvajes, allí tuvo lugar una batalla en la cual estos últimos fueron completamente derrotados y hechos prisioneros y el espectáculo termina con el bautizo de uno de los cautivos.»¹⁷

Lo que se tiene claro del relato de Van Rensselaer es que no capta un carnaval europeo transplantado sino uno específico de los sectores populares costeños en el que se observa una predominancia de elementos aborígenes; además, es una clara oportunidad para mostrar el naciente carnaval como medio de confrontación política y protesta social. En esta descripción es posible captar también algunos elementos que fueron tradicionales en el carnaval durante muchos años, tales como el *Cascarón*, es decir la cáscara de huevo llena de agua, el sonido de la música de flautas de millo y la alegría y el desorden típicos de los carnavales.

Lo que nos muestra también la temprana crónica de Van Rensselaer es que, al contrario de lo que dicen la mayoría de los historiadores del carnaval, éste no se empezó a realizar a mediados del siglo XIX, y queda un poco en duda el hecho de la implantación del mis-

14 REY SINNING, Edgar. Op. cit.

15 En: BONNEY, Op. Cit, pgs. 467-468. Citado en: GONZÁLEZ HENRÍQUEZ Adolfo. La música costeña en la tercera década del siglo XIX. En: *Boletín Cultural y bibliográfico*, Biblioteca Luis Angel Arango, Banco de la República, Bogotá, Vol. XXVI, Nº 19. pgs. 19-20.

mo por sectores samarios o extranjeros hacia 1850. Una clave importante en esta descripción es el hecho de hablar de una celebración de tres días, pero esta descripción no puede ser totalmente determinante, pues si bien es cierto que presenta elementos típicos de un carnaval, podría tratarse de uno de los actos en la celebración de las ya anteriormente citadas fiestas de San Nicolás. Pero el relato de Van Rensselaer no va a ser la más antigua fuente que nos presenta elementos de carnaval, existe una descripción que hace la Gaceta de Santa Marta en 1821:

*«A pesar de haber llegado la noticia oficial a las diez de la noche del día 12 [de octubre de 1821], por un movimiento espontáneo, el pueblo lo convirtió en día prorrumpiendo en vivas danzas y todo género de diversiones hasta la mañana en que se publicó un bando muy solemne al que asistieron todas las autoridades civiles y militares, renovando el pueblo cada momento sus vivas y aclamaciones a nuestros dignos generales. El día 14 hubo función de iglesia, y salieron por las calles dos carros en contraste: el uno brillantemente adornado con damascos y espejos en que una hermosa niña ricamente vestida figuraba a Colombia triunfante, y otras jóvenes que la iban asistiendo y llevaban sus jergolíficos; y otro carro estudiadamente ruín y maltratado, en que se veía a Fernando VII abatido y moribundo, con su cetro y corona caídos, y sus ministros y satélites en una desesperada confusión».*¹⁶

El texto anterior describe la celebración en Barranquilla con motivo de la liberación de Cartagena por el ejército rebelde del general Montilla. Se pueden observar incipientes elementos de carnaval, como las carrozas alegóricas y la «burla», que son típicos en cual-

quiera de estas celebraciones. Es quizá esta la referencia más antigua que se tiene sobre una fiesta en Barranquilla. Con ella podemos deducir que para el pueblo barranquillero era normal este tipo de celebraciones, pues la elaboración de carrozas y la burla a personajes como el rey no pudieron nacer ese día exactamente. Lo más probable es que dichas celebraciones ya se hubieran dado antes de esa fecha.

Para 1850, y con motivo del primer aniversario de la llegada de José Hilario López a la primera magistratura de la nación, se realizó una marcha solemne por la tarde con una banda de música que recorrió la ciudad. En la sala de sesiones de la Sociedad Democrática de Barranquilla fue realizado un acto simbólico de libertad de cuatro esclavos negros; tres con fondos de la junta de manumisión, y el cuarto por la voluntad de su finado dueño. Finalizada la ceremonia se dio inicio a los bailes populares, que se prolongaron más allá del tiempo acordado por las autoridades políticas y municipales¹⁹.

Elías P Pellet, que por mucho tiempo fue cónsul de los Estados Unidos en Barranquilla, en su libro titulado *Veinte años en Barranquilla*, dice:

*«Hay algo que notamos ha cambiado en grado notable desde 1866, nos referimos a las fiestas. En aquellos días de la fiesta de San Nicolás eran regocijos de diez días en la plaza de ese nombre y el carnaval que encabezaban Antonio Sundheim y sus compañeros era a la verdad una cosa divertida»*²⁰.

El anterior es otro de los registros anotados por viajeros o extranjeros que vivieron en Barranquilla o pasaron por ella. En él se deduce que existió cierto sincretismo entre la celebración de las Fiestas de San Nicolás y el carnaval.

16 FALS BORDA, Orlando. Historia doble de la costa, Tomo I: Mompox y Loba. Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1980, pgs. 37A-38A.

17 *Ibidem*.

18 Citado por: MADRID - MALO, Néstor. De la reconquista a la libertad. En: *Diario del Caribe*, Barranquilla, 1987, pág. 16 A.

19 *La Democracia*, Cartagena, abril 4 de 1850, Nº 18. citado en: CONDE, Jorge. Barranquilla en los inicios del *modelo liberal decimonónico 1849-1870*. En: *Historia general de Barranquilla: sucesos*. Academia de la Historia de Barranquilla, Barranquilla, 1997, pág. 63.

20 PELLET, Elías P. *Veinte años en Barranquilla (1866-1886)*, citado en: ABADÍA MORALES, Guillermo. *Op. cit.*, pág. 363.

Hay que recordar que el carnaval en esos años se reducía sólo a tres días en donde podía sentirse la tensión entre lo lícito y lo ilícito. Parece ser que hacia esos años el carnaval tomó cuerpo. Poco antes, en 1864, el alcalde de Barranquilla, David Pereira, propuso que al año siguiente: «*Las fiestas fueran con gran pompa, con cruzacalles, flores, adornos de festones, música con tambores y otras con flauta de millo y flauta de junco de papaya*»²¹. El alcalde fue depuesto después por una revolución social. En este acto probablemente se vio el primer intento de institucionalizar la fiesta de carnaval en Barranquilla, aunque si se tiene en cuenta que ya hacia mitad del siglo XIX era de usanza la tradición de leer el «bando» (que en sus inicios era emitido por la oficialidad y contenía las verdaderas disposiciones oficiales²²) podemos decir que la institucionalización existía en esas fechas.

Se puede entonces decir que los orígenes del carnaval fueron propiciados inicialmente por los sectores rurales que habitaron la región desde la fundación de la ciudad. Como expresión de tradición, el carnaval se fue alimentando del acervo cultural de los migrantes, quienes en un posible acto lúdico y con base en una fiesta patronal ya existente (probablemente la de San Nicolás), crearon un momento de diversión y de esparcimiento para alejarse de sus actividades cotidianas. Es así como estas manifestaciones folklóricas se relacionaron en un comienzo con las situaciones cotidianas y en especial con el escenario del río, del cual no sólo tomaron sus elementos naturales, sino también lo que el propio habitante barranquillero recibía día a día de aquellos hombres que llegaban por su corriente.



21 CERVANTES ANGULO, José. en Diario *El tiempo*, febrero 22 de 1979.

22 ABADÍA MORALES, Guillermo. *Op. cit.* pág. 365.